

Teresa de Calcuta

la madre de los más pobres

María Fernández de Córdova



Directora de la colección: Mercedes Álvarez

© 2000, by María Fernández de Córdova y Editorial Casals, S. A.

Tel. 902 107 007

www.editorialcasals.com

www.bambulector.com

Diseño de cubierta: Bassa & Trias

Fotografías: ACI, AISA, Album, Corbis-Cordon Press

Ilustración: Farrés, il·lustració editorial

Primera edición: mayo 2012

ISBN: 978-84-218-5231-6

Depósito legal: B-13.897-2012

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

En un rincón de Albania

Amanecía el 26 de agosto de 1910, cuando Nikollë Boyaxhiu oyó el llanto de un bebé en la habitación contigua. De un vuelco, su corazón empezó a latir más rápido. Una inmensa sonrisa se trazó en su rostro cuando el doctor apareció en el umbral de la puerta para decir las cinco palabras más lindas que había escuchado en su vida:

—¡Es una nena sana! ¡Felicidades!

—¡Una nena!... ¿Puedo entrar a verla?... ¿Cómo está mi esposa?

—Todo salió bárbaro, señor Boyaxhiu —le explicó el doctor Havel con voz pausada—. Su esposa está cansada y tiene que guardar reposo pero, ¡vamos!, pase a ver a su hija.

Ahí estaba la recién nacida, abrigada entre los brazos de su madre, tan chiquita que apenas lograba uno distinguirla entre las blancas sábanas de la cama.

—¿Eres feliz? —preguntó Nikollë a su esposa mientras tomaba las diminutas manitas de su hija entre las suyas.

—Sí, muy feliz —contestó ella, y agregó—: Se va a llamar Agnes, ¿no?

—Sí, Drana: Agnes Boyaxhiu va ser su nombre.

Así de fácil fue. Un caluroso día del mes de agosto, cuando en la ciudad albana de Skopje no se oía más que el frenético cantar de las chicharras y el gorgoteo del río Vardar, vino al mundo la pequeña Agnes Boyaxhiu. El mismo día en que las campanas de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, el único templo católico de la ciudad, tocaban en honor de San Ceferino.

Agnes es la hija chica del joven matrimonio Boyaxhiu. Nikollë y Drana habían tenido cinco hijos. Los dos mayores murieron a los pocos días de nacer dejando un doloroso recuerdo en la familia. Los tres más chicos —Aga y Lazar, nacidos en 1905 y 1907 respectivamente, y la pequeña Agnes— pasarán así a ser todos los hijos del matrimonio.

—La vamos a bautizar mañana, como a los demás —anunció Nikollë a su esposa.

Durante un momento, el matrimonio se quedó en silencio, quizá recordando las graves enfermedades que se habían cobrado ya la vida de dos de sus hijos.

—¿Se nos irá también Agnes? —preguntó Drana.

—No, Agnes vivirá. Ya vas a ver.

La ceremonia se festejó al día siguiente de su nacimiento: el 27 de agosto. Ese luminoso día, la Iglesia abrió sus brazos para recibir a la que, años más tarde, se convertiría en uno de sus más grandes testigos ante el mundo: la Madre Teresa de Calcuta.

La familia Boyaxhiu



Nikollë Boyaxhiu, el papá de Agnes, era de origen croata. Un hombre lleno de energía e iniciativa que se ganaba la vida trabajando en una empresa de materiales de construcción. La había fundado él mismo con la colaboración de un socio de origen italiano. Era un papá cariñoso, los continuos viajes al extranjero no le impedían dedicar lo mejor de su tiempo a la familia. Siempre buscaba el momento de volver junto a su esposa y sus tres hijos, a los que quería con toda el alma.¹

Agnes, que por entonces tenía ya siete años, esperaba con ansiedad esos días en los que Nikollë volvía de algún país lejano. Entonces, una de sus costumbres preferidas era sentarse en sus rodillas y escuchar las hermosas historias que contaba. Le hacía miles de preguntas:

—¿Dónde estuviste, papá?

—¡Ah!, vas a tener que adivinarlo... Vamos a ver... ¡Tè voy a dar alguna pista! Es un país donde... se habla francés. A ver, ¿lo sabes ya?

—¡Francia! —exclama Agnes.

1. Lush Gjergji, *Mother Theresa* (Editrice Velar, 1990).

—¡Sí, sí, Francia! —grita Lazar todo emocionado.

—¡Qué genial!, qué rápido lo has adivinado.

—Cuéntanos cosas de Francia, papá —suplica Agnes.

—Sí, cuéntanos cosas... —pide Lazar apoyando la petición de su hermana.

—Está bien, está bien.

Y entonces, les hablaba de París, con sus calles siempre iluminadas; de Guatemala, con sus colores y tradiciones; de la comida italiana; de Nueva York, tan cosmopolita... Todas, ciudades muy distintas a Skopje.

Y así pasaban las horas Aga, Lazar y Agnes, escuchando absortos las hermosas narraciones. En ocasiones, Nikollë no podía evitar que sus palabras traslucieran el profundo amor que sentía hacia su patria: Albania. La veneraba como pocas personas en Skopje. Se interesaba por todo lo que ocurría y, como ciudadano, trataba de comprometerse con los problemas sociales de su país. Esta admirable actitud terminará por catapultarlo, irremediablemente, al escenario político.

Y lo hizo en un momento en el que el ánimo de los albaneses había sido peligrosamente alterado. Recién conquistada la independencia de Skopje del dominio turco en 1912, lo que había convertido a la ciudad en la capital de la república albanesa de Macedonia, el país no había logrado alcanzar la paz. Después, la Primera Guerra Mundial había convertido a Albania en un inmenso campo de batalla. Este hecho fue el que impulsó a Nikollë a militar en el partido nacionalista albanés, que luchaba por la independencia de su país de toda dominación extranjera.

Nikollë pronto fue elegido concejal de la Municipalidad de Skopje. Esta circunstancia hizo que su hogar estuviera

siempre lleno de correligionarios políticos. Agnes un día se interesó por ese ir y venir de personas.

—Papá, ¿quiénes son esos hombres que vienen a casa? —le preguntó.

—Son algunas de las personas con las que yo trabajo en la Municipalidad. Son buenas personas..., patriotas...

—Y ¿por qué son buenas personas? Yo no veo que hagan nada bueno. Mamá sí que es buena porque cuida a los enfermos.

—Sí, hija, lo que pasa es que ellos hacen cosas buenas de otra manera. Ellos son los encargados de hacer que las leyes no sean injustas, que en nuestro país no haya guerras, o que no existan familias que tengan que vivir en la pobreza... ¿Lo entiendes?

—Creo que sí. Entonces, ¿tú haces cosas buenas como ellos?

—Así es. Yo, como tú, Agnes, soy hijo de la Iglesia Católica y quiero ser coherente con mi fe cristiana, por eso debo ayudar a todos los albaneses a que vivan en un país libre y en paz.

Agnes va a recordar siempre la valentía de su papá y no va a olvidar nunca una importante lección: por un gran ideal, merece la pena empeñar la vida.

La menor de los Boyaxhiu también encontró en su mamá un ejemplo digno de ser imitado. Ella será precisamente quien la acerque, por primera vez, al mundo de la pobreza y del sufrimiento.

Drana Bernai, de origen véneto, era una esposa con temple de acero. Profundamente enamorada de su marido, sabía compaginar el trabajo del hogar con la dedicación a

su esposo y a sus hijos. La educación de sus hijos era una de sus principales preocupaciones y, en este sentido, era de la opinión de que las cosas se aprenden mejor con el ejemplo que de palabra.²

Además, tenía un profundo sentido religioso. Drana hizo todo lo que estaba en sus manos para conseguir que sus hijos creciesen en el amor a los demás y a Jesús. Con ella aprendió Agnes a rezar las primeras oraciones antes de dormir. También preparó a sus hijos para hacer la primera comunión.

Drana esperaba con ilusión que sus hijos volvieran de la escuela cada día.

—¿Cómo te fue hoy, Agnes?

—Bien, mamá. Esta tarde tengo que estudiar mucho.

—¿Necesitas que te ayude?

—No... —¿Cómo le iba a explicar que no se había acordado de la tabla del cinco? ¡Si estuvieron juntas estudiándola el día anterior!

—¿Cómo te fue con las matemáticas? —pregunta Drana mientras termina de pelar distraídamente una papa.

A Agnes le da vergüenza contestar con la verdad y dice:

—Bien...

De camino a su habitación, recuerda que su mamá le enseñó a decir siempre la verdad. En broma, Drana sostiene que cuando alguien dice una mentira su lengua se torna negra como el carbón. Agnes corre hacia un espejo para comprobarlo. Y, efectivamente, la imaginación le hace creer

2. Lush Gjergji, *Mother Theresa* (Editrice Velar, 1990).

que su lengua está más oscura que de costumbre. Enseguida sale corriendo hásta donde está su mamá y confiesa:

—Mamá, ¿me ayudas a estudiar la tabla del cinco? Hoy me la preguntó la maestra y no supe contestarle...

—Claro, hija, en cuanto termine con esto. ¿No la sabías? ¡Hasta en eso te pareces a mí! ¡Nunca memoricé bien las tablas de multiplicar!... Vamos a estudiar juntas —Agnes, por fin, respira tranquila.

De Drana aprendieron sus hijos a mostrar siempre una actitud humilde y cordial. La familia Boyaxhiu vivía holgadamente, pero eso no fue un obstáculo para que el matrimonio inculcara en sus hijos el amor hacia los pobres y la generosidad. Por ejemplo, era muy común que tuvieran invitados a comer. Cualquiera que lo necesitaba encontraba su casa abierta de par en par. Los chicos, extrañados ante la cantidad de personas que se sentaban a su mesa, preguntaban a la mamá por la relación con aquellas personas.

—Mamá —pregunta Agnes—, ¿la esposa que vino a almorzar ayer es de nuestra familia?

Drana suele responder siempre con la misma afirmación que, desde entonces, va a quedar grabada para siempre en la memoria de Agnes:

—Sí, hija, se trata de un pariente lejano. Pero no te olvides que, aun en el caso de que no lo fuera, por ser pobre, sería también hermano nuestro.

Cuando Agnes creció y se hizo más grande, comprendió que se trataba de pobres y desposeídos, a quienes su mamá daba de comer. Y no eran los únicos. Por ejemplo, también atendía a una anciana, de sesenta años, abandonada por su hijo. Drana iba por lo menos una vez a la sema-

na a llevarle comida y a arreglarle la casa, acompañada muchas veces por Agnes. O a una señora alcohólica y cubierta de llagas. Drana la lavaba y curaba dos veces al día, le daba de comer y la cuidaba como si se tratase de una niña. Y un ejemplo más: una mamá de seis hijos, muy delicada de salud. Al fallecer, sus hijos crecieron junto a la familia Boyaxhiu como si lo llevaran haciendo toda la vida.

Agnes nunca olvidará aquel consejo de sus padres: «Hija mía, nunca aceptes llevarte a la boca un trozo de pan, sin estar dispuesta a compartirlo con los demás».